

OPTIMISMO Y PESIMISMO  
LEIBNIZ Y SCHOPENHAUER\*

---

OPTIMISM AND PESSIMISM  
LEIBNIZ AND SCHOPENHAUER

por  
*Julius Frauenstädt*

*Jesús Carlos Hernández Moreno* (traductor)  
Universidad Nacional Autónoma de México, México

---

\* Frauenstädt, Julius. „Optimismus und Pessimismus. Leibniz und Schopenhauer II.“ *Deutsches Museum. Zeitschrift für Literatur, Kunst und öffentliches Leben*. Edi. Robert Pruss y Karl Frenzel, 1866, julio-diciembre (29 de noviembre), número 48, Leipzig, Brockhaus, pp. 713-722.

## II

**E**n la primera parte de mi ensayo busqué refutar el optimismo de Leibniz. ¿Acaso está mejor cimentado el pesimismo de Schopenhauer?

Schopenhauer no niega el ajuste y la acomodación recíprocos de los fenómenos que surgen de la unidad de la voluntad revelada en la naturaleza. Esta gran conveniencia, esta admirable armonía, iría sin embargo sólo tan lejos que hiciera posible la existencia del mundo y de sus seres. De ahí que sólo se extienda a la existencia de las especies y de las condiciones generales de la vida, pero no a la de los individuos. Si, según esto, en virtud de esa armonía y acomodación las especies en lo orgánico y las fuerzas universales de la naturaleza en lo inorgánico pudieran coexistir e incluso apoyarse mutuamente, entonces el conflicto interno de la voluntad que atraviesa por todas ellas se mostraría en las incesantes guerras de exterminio de los individuos y en el forcejeo constante de los fenómenos de aquellos géneros y fuerzas de la naturaleza. Así, vemos por todas partes en la naturaleza lucha, combate y alternancia en la victoria; lucha que sólo es la revelación de la desunión esencial de la voluntad consigo misma. Esta lucha universal alcanza la más clara visibilidad en el mundo animal, que tiene por alimento el mundo vegetal y en el que todo animal sólo puede mantener su existencia mediante la constante supresión de uno ajeno, de modo que la voluntad de vivir se alimenta constantemente de sí misma y en vista a diferentes usos, sin embargo, también el mismo sexo revela en sí mismo esa lucha, esa autodivisión de la voluntad con la más terrible claridad, y el *homo* se vuelve *homini lupus*. La voluntad tiene que alimentarse de sí misma porque no hay nada fuera de ella y es una voluntad hambrienta. De ahí la caza, el miedo y el sufrimiento.

Schopenhauer no conoce mayor locura que la de la mayoría de los sistemas metafísicos, que declaran que el mal es algo negativo, cuando es precisamente lo positivo, lo que se hace perceptible a sí mismo. Al igual que el arroyo no hace remolinos mientras no encuentre ningún obstáculo, la naturaleza humana, al igual que la animal, conlleva que no nos demos cuenta ni percibamos adecuadamente todo lo que va de acuerdo con nuestra voluntad. En cambio, todo lo que se opone a nuestra voluntad, la frustra, la resiste, o sea, todo lo desagradable y doloroso, lo sentimos directamente, de inmediato y muy claramente. Al igual que no sentimos la salud de todo nuestro cuerpo, sino sólo el pequeño punto en el que nos pellizca el zapato, tampoco pensamos en todo nuestro asunto perfectamente cómodo, sino en alguna insignificante nimiedad que nos enfada. Por regla general, encontramos las alegrías muy por debajo [y] las penas muy por encima de nuestras expectativas. El consuelo más eficaz en toda desgracia, en todo sufrimiento, sería mirar a otros que fueran aún más infelices que nosotros, y esto podría hacerlo cada uno. Pero, ¿qué resultaría de esto para el conjunto? Todo lo que agarramos se resiste porque tiene su propia voluntad, la cual tiene que ser superada. La historia nos muestra la vida de los pueblos y no encuentra nada más que contar que guerras y sediciones; los años de paz sólo aparecen como breves pausas, interludios, de vez en cuando. Y del mismo modo, la vida del individuo es una lucha continua, no meramente metafórica con la necesidad o con el aburrimiento, sino realmente también con otros. Encuentra al adversario en todas partes, vive en constante batalla y muere con las armas en la mano.

Frente a los panteístas, para quienes el mundo es una teofanía, Schopenhauer nota: “Véase sólo una vez este mundo de seres constantemente necesitados, que existen durante un tiempo sólo porque se comen unos a otros, que pasan su existencia con miedo y penurias y que a menudo soportan

espantosos martirios hasta que finalmente caen en los brazos de la muerte”<sup>1</sup>. Quien lo tenga claro, estará de acuerdo con Aristóteles cuando dice: La naturaleza es demoníaca, pero no divina<sup>2</sup>. Como ocurre con la perseverancia en la vida, así ocurre, según Schopenhauer, con la actividad y el movimiento de la misma. No es algo libremente elegido, sino que, mientras que propiamente todo querría descansar, la necesidad y el aburrimiento son los látigos que mantienen el movimiento de los trompos. De ahí que el conjunto y cada individuo lleven el sello de un estado forzado, y cada uno, en tanto que, interiormente perezoso, anhela el descanso, pero tiene que seguir adelante, se asemeja a un planeta que no cae sobre el sol sólo porque una fuerza que lo impulsa hacia adelante no le permite hacerlo. Así que todo está en perpetua tensión y movimiento forzado.

Adaptar el sistema del optimismo a este mundo, a este lugar de seres atormentados y atemorizados, y querer demostrárnoslo como el óptimo entre los posibles, es lo que Schopenhauer llama un absurdo que grita. Desde luego, las cosas serían hermosas a la vista, pero ser ellas sería algo muy diferente. En contraste con los teólogos que alaban la disposición sabia y conveniente de la naturaleza, Schopenhauer señala a los desafortunados actores que actúan en este escenario de la naturaleza construido tan duraderamente:

Si debe haber un mundo, si sus planetas existen tanto tiempo como el que el rayo de luz de una estrella fija lejana necesita para llegar a ellos, y no deben partir de nuevo, como el hijo de Lessing, inmediatamente después de nacer, ciertamente no podría estar construido tan torpemente que ya su andamiaje fundamental amenazara con derrumbarse. Pero si se avanza hacia los resultados de la alabada obra, se considera a los actores que actúan en el escenario tan duraderamente construido y ahora se ve cómo el dolor se abre paso con la sensibilidad y aumenta en la medida en que aquella se desarrolla hacia la inteligencia; cómo, manteniendo este mismo paso, la codicia y el sufrimiento se hacen cada vez más prominentes y aumentan hasta que finalmente la vida humana no ofrece otro material que el de las tragedias y comedias, entonces, quien no sea hipócrita difícilmente estará dispuesto a entonar aleluyas.<sup>3</sup>

Schopenhauer opina que quien es capaz de pensar un poco más profundamente pronto verá que las ansias humanas no pueden empezar a ser pecaminosas donde, cruzándose accidentalmente en sus direcciones individuales, causan el mal de unos y lo malo de los otros, pero que, si esto es así, tienen que ser también ya originariamente y en su esencia pecaminosas y condenables, consecuentemente toda la voluntad de vivir misma es condenable. Al fin y al cabo todas las atrocidades y la miseria de las que está lleno el mundo es meramente el resultado necesario de todos los caracteres en los que se objetiva la voluntad de vivir bajo las circunstancias que se dan en la cadena ininterrumpida de la necesidad que les suministran los motivos, o sea, el mero comentario a la afirmación de la voluntad de vivir.

Si se compara ahora este pesimismo schopenhaueriano con el optimismo leibniziano, entonces ambos tienen una cosa en común, a saber, que aclaran el mal como necesario. Pero qué diferencia tan significativa hay también inmediatamente en el sentido de esta necesidad a partir de una causa final; aquí, con Schopenhauer, en cambio, es ella necesidad a partir de causas eficientes.

---

<sup>1</sup> Schopenhauer, Arthur. *Die Welt als Wille und Vorstellung II, Sämtliche Werke*, edición de Arthur Hübscher, Mannheim, F. A. Brockhaus, 1988, p. 409. (N. del T.)

<sup>2</sup> Aristóteles. *De divinatione per somnum*, 463b15: “ἡ φύσις δαίμονια, ἀλλ’ οὐ θεία ἐστὶ”. (N. del T.)

<sup>3</sup> Schopenhauer. *op. cit.*, p. 667. (N. del T.)

Leibniz enseña que Dios eligió de todos los mundos posibles el óptimo, que su entendimiento no habría podido pensar sin mal, o sea, lo habría querido. Ha admitido el mal en él porque de él brota un bien mayor, porque lo que es desorden en la parte es orden en el todo, porque lo que es imperfección en el individuo es perfección en el universo. O sea, el mal tiene un fin sabio que lo hace necesario y por medio del cual está justificado. Schopenhauer, por el contrario, enseña que el mundo con sus atrocidades y males no se puede explicar de otra manera que a partir de un impulso ciego de la voluntad, de un instinto completamente infundado y desmotivado. En vista de la flagrante desproporción entre la actividad inquieta, seria y laboriosa de los seres vivos y lo que obtienen por ella y puedan llegar a obtener, para ellos, la voluntad de vivir, tomada objetivamente, aparece como una locura, o subjetivamente, como un engaño por el que todo viviente sería llevado a trabajar con el máximo arrojo de sus fuerzas en algo que no tiene valor. Evidentemente, todo esto no podría ser explicado si buscamos las causas motrices fuera de las figuras y pensamos en la vida como consecuencia de una elección, de una reflexión racional. La voluntad de vivir de ninguna manera se debería pensar como una consecuencia del conocimiento de la vida y no sería en general nada secundario, sino lo primero e incondicional, la premisa de todas las premisas. Que los seres en los que se objetiva la voluntad de vivir se inhiban, combatan, martiricen y devoren unos a otros, que se causen unos a otros sufrimientos indecibles física y moralmente, - toda esta miseria y tragedia de la vida sería una consecuencia necesaria de la calidad original, de la pecaminosidad radical de esta voluntad. “Quisiera”, dice Schopenhauer en su legado póstumo editado por mí<sup>4</sup>, “que antes de prorumpir en alabanzas al Todopoderoso, vieran un poco a su alrededor cómo se ve y cómo van las cosas en este hermoso mundo. Después les preguntaría si tal parece más la obra de la omnisciencia, de la omnipotencia, del poder, o la de la ciega voluntad de vivir.[”] [“]El poder que nos llamó a la existencia tiene que ser ciego. Pues uno que viera, si fuera externo, tendría que haber sido un demonio malicioso; y uno interno, o sea, nosotros mismos, viendo, nunca nos habríamos colocado en una posición tan penosa. Pero la pura voluntad de vivir sin conocimiento, el impulso ciego, que así se objetiva, es el núcleo de la vida.” “Si un dios ha hecho este mundo, no me gustaría ser yo ese dios: su miseria me destrozaría el corazón.” “Si se piensa un demonio creador, sería justificado, señalando su creación, gritarle: ¿Cómo te atreves Tú a romper la sagrada paz de la nada para dar a luz a tal masa de aflicción y lamento?”<sup>5</sup>

Y, según Schopenhauer, el mal no se puede explicar no sólo teísticamente, sino tampoco panteísticamente; pues un Dios que se hubiera decidido por transformarse en un mundo así “en verdad tendría que haber sido atormentado por el diablo”<sup>6</sup>.

La derivación schopenhaueriana del mal no a partir de una causa final, sino a partir de una causa eficiente, no de un Dios, sino de la calidad pecaminosa de la voluntad ciegamente activa, tiene la ventaja de que no necesita debilitar y embotar el mal, como tiene que hacer el optimismo leibniziano para hacerlo rimar con Dios. El pesimismo puede admitir los males del mundo en toda su magnitud y en todo su alcance, porque no está obligado por ninguna representación teológica a argumentar y demostrar que no existen.

Pero el pesimismo cae en la siguiente alternativa. O tiene que sostener que la causa eficiente de la que deriva el mal es eterna e irrevocable y entonces no hay en toda la eternidad redención del mal, sino

---

<sup>4</sup> Frauenstädt, Julius. *Aus Schopenhauers handschriftlichem Nachlaß*, Leipzig, F. A. Brockhaus, 1864. (N. del T.)

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 441. (N. del T.)

<sup>6</sup> Schopenhauer, *Die Welt als Wille und Vorstellung II*, pp. 398-399. (N. del T.)

que la existencia es una condena eterna: ¡una perspectiva desconsoladora! O sostiene que la causa que produce el mal no es eterna e irrevocable, y entonces ya no es propiamente pesimismo, o a lo sumo sería un pesimismo relativo.

Esto último se encuentra en Schopenhauer. Schopenhauer no es un pesimista absoluto sino uno relativo. Pues aunque sostiene el mal como necesario en tanto que consecuencia de la afirmación de la voluntad pecaminosa de vivir, esta necesidad no es fatalista, inevitable para él. Pues Schopenhauer enseña que en lugar de ser afirmada, la voluntad de vivir también puede ser negada, puede ser suprimida. Entonces empieza un mundo completamente diferente, una existencia completamente diferente, de lo que no tenemos ningún concepto y se nos aparece como la nada, pero que no es una nada absoluta sino sólo una relativa.

Pero si esto se sostiene así, si la voluntad pecaminosa que produce el mal es sólo relativa, sólo en relación a este nuestro mundo espacio-temporal es la esencia de las cosas, como Schopenhauer me ha aclarado expresamente en una carta, pero esta esencia puede ser negada y entonces toma su lugar una existencia completamente diferente y mejor: por lo tanto, no es en absoluto la esencia metafísica originaria del mundo y ya no hay ninguna razón para un pesimismo real, o a lo sumo queda sólo un pesimismo relativo, que, sin embargo, en realidad ya no merece el nombre de pesimismo.

Hay pues dos tipos de pesimismo, uno que se relaciona con lo empíricamente dado y otro que lo hace con el ser interior y el núcleo de las cosas. Al pesimismo del primer tipo pertenece, por ejemplo, cuando un médico sostiene que el estado actual de un paciente, o un estadista que el estado actual de un Estado es tan malo que no puede empeorar si el paciente o el Estado no han de perecer. Al pesimismo del segundo tipo pertenece cuando el médico y el estadista sostienen que sus enfermos son incurables, irredimibles, profundamente depravados. Quien sea pesimista en el primer sentido no necesita ser pesimista en el segundo. Pues se puede sostener que un estado es muy malo sin verlo por eso desahuciado.

Propiamente sólo se puede hablar de pesimismo donde se sostenga que el mal es incurable y que los que lo padecen están irremediamente perdidos. Pues ahí el estado es realmente el pésimo de todos los posibles. Pero el pesimismo de Schopenhauer no es de este tipo, pues él sostiene como posible una redención del mal del mundo, aunque por supuesto, de acuerdo con los escritos ascéticos originales, sostiene como posible la redención sólo bajo la condición de una cura radical, de un renacimiento completo, de una renovación total de las cosas. Da ahí que yo no pueda sostener que Schopenhauer es un pesimista en el sentido estricto de la palabra. Pues aunque busca probar contra Leibniz que este mundo sería el pésimo de los posibles, y aunque el infierno no empieza para él en el más allá, sino que ya esta vida es el infierno, cree sin embargo en que es posible redimirse de este pésimo mundo y de este infierno. Pero con tal creencia el pesimismo es solo relativo, relacionado sólo con este mundo empírico, no con los seres en general y en sí mismos. Incluso si Schopenhauer no hubiera sostenido como posible una redención total sino sólo parcial del mal del mundo, a saber, sólo dentro de la especie humana, porque sólo en ésta ocurre aquel conocimiento que libera del egoísmo y la malicia, aquella comprensión del *principii individuationis* a consecuencia de la que el individuo se reconoce en los otros, se identifica con ellos y ahora coloca su bienestar, como de lo contrario lo haría con el suyo propio, como meta, incluso así Schopenhauer no sería un pesimista en el sentido estricto de la palabra, y sólo de manera inconsistente podría él afirmar que este mundo sería el pésimo de entre todos los posibles. Pues se puede pensar uno todavía peor, a saber, uno tal en el que la voluntad no sólo en la

naturaleza hinque incesantemente los dientes en su propia carne en una ciega sed de vida, sino también en el mundo humano, un mundo en el que la razón y la moral no formarían de ninguna manera un contrapeso contra la sed ciega y feroz de la vida, un mundo en el que el robo y el asesinato despiadados nunca se detendrían, en el que la justicia y la compasión no se encontrarían en ninguna parte. Uno tal sería en todo caso peor que el actual, en el que al menos dentro del género humano el mal es mitigado por la razón y la moral, lo que Schopenhauer no niega.

Así que ni Leibniz con su “mundo óptimo” ni Schopenhauer con su “mundo pésimo” tienen razón. Se puede pensar en un mundo mejor que éste, pero también se puede pensar en uno peor. El mejor sería aquél en el que los seres finitos se complementarían armónicamente, como los tonos de una pieza musical, de modo que hubiera un concierto mundial sin discordancias. El peor sería aquel en el que, como en un Charivari, no se encontraría más que discordia.

Digo que se puede pensar un mundo mejor y otro peor. Pero si realmente sería posible uno mejor y uno peor es una pregunta que no me atrevo a responder. Hablo aquí meramente de la posibilidad lógica, no de la real. Lógicamente no es una contradicción pensar en un mundo libre de maldad; pero lógicamente tampoco hay contradicción en pensar uno aún más lleno de males que el nuestro.

Finalmente, he aquí algunas anotaciones sobre la obra recientemente aparecida: *Der Pessimismus und die Ethik Schopenhauer's* de Victor Kiy (Berlín, A. W. Hahn [1866]). Este escrito dedicado al profesor Karl Rosenkranz es una ilustración bastante superficial del pesimismo de Schopenhauer a partir del punto de vista de la filosofía de Hegel, y está escrito en parte en la jerga de Hegel. El autor es de la opinión de que, aunque por el momento la filosofía hegeliana pareciera haber pasado a un segundo plano, sin embargo seguiría viva en las representaciones y aspiraciones de todas las personas cultas, de los óptimos en el pueblo, y que todos los logros de los tiempos modernos dan testimonio de la verdad de su enseñanza. De ahí que no sea ningún milagro que oponga al pesimismo de Schopenhauer el optimismo de Hegel. Resume su juicio de la siguiente manera:

La contradicción en la filosofía de Schopenhauer consiste en que, por un lado, afirma la unidad esencial del universo y por eso habla de la unidad y la legalidad de los fenómenos de ese ser como de una voluntad, sí, incluso más allá en lo individual reconoce el señorío absoluto de la razón, pero por otro lado anula otra vez estas concesiones, empero en ellas está contenido el principio fundamental de su filosofía, en la doctrina del mundo pésimo, en la aproximación pesimista que le da a su ética.<sup>7</sup>

Respecto a esto cita el autor el juicio de Rosenkranz sobre el pesimismo de Schopenhauer: “Si las leyes dominan en el mundo, si la razón gobierna en él, entonces la omnipotencia del pesimismo es un error”<sup>8</sup>.

Que, como es afirmado aquí, haya una contradicción entre la “unidad y la legalidad” de la voluntad de Schopenhauer y su pesimismo, no puedo verlo con mi cabeza desde luego no hegeliana. ¿Se sigue pues de la unidad de la esencia del mundo y de la legalidad de sus fenómenos que este ser del mundo sería también moralmente bueno y que sus fenómenos legales producen el bien? La unidad metafísica y la bondad moral son dos cosas diferentes. De todos modos, la esencia del mundo puede ser una y, sin

---

<sup>7</sup> Kiy, Victor. *Op. cit.*, p. 67. (N. del T.)

<sup>8</sup> *Ibidem.* Rosenkranz, Karl. *Wissenschaft der logischen Idee: Metaphysik*, Primera parte, Königsberg, 1858, p. 329. (N. del T.)

embargo, esta esencia una puede ser pecaminosa. El individuo humano también es uno y sus acciones también pueden ser legales, ¿no puede, por eso, el individuo humano desmoronarse internamente, no pueden sus diferentes fuerzas e impulsos estar en lucha y conflicto unos con otros, y no puede el mal, aunque muy legalmente, emerger de esta lucha?

Así que no hay contradicción entre la unidad y la legalidad por un lado y la maldad por el otro. Un organismo franco también lo es, y la enfermedad es un fenómeno legal. Pero, ¿la enfermedad deja por eso de ser enfermedad para convertirse en salud? No, para que un ser uniforme y legal sea también bueno, tiene que añadir a la uniformidad y la legalidad todavía algo más, a saber, la buena calidad. De lo contrario, la uniformidad y la legalidad crean el mal.

Precisamente esta es la razón del pesimismo de Schopenhauer, que la esencia metafísicamente unitaria del mundo se ha desmoronado moralmente en sus fenómenos, no se reconoce a sí misma e hinca los dientes en su propia carne. Si los individuos no fueran internamente, según su esencia, idénticos y dependientes de la mutua complementariedad armoniosa del amor y la concordia, entonces no tendría importancia que se inhiban, luchan y destruyan unos a otros; pero precisamente que sean internamente, según la idea, uno, y sin embargo en la realidad (*Wirklichkeit*) se hayan desmoronado, se odien en lugar de amarse, se inhiban en lugar de apoyarse, se destruyan en lugar de mantenerse—esto es lo que hace de Schopenhauer un pesimista y contra esto el optimismo de Hegel, que ve el bien ya en la mera legalidad del mundo, es una habladuría muy superficial.

Los hegelianos se marean con la palabra “ley” o “legalidad” así como con la palabra “idea”. “Al alemán”, dice Schopenhauer, “si se le habla de ideas, comienza a mareársele la cabeza, se le escapa toda prudencia, siente que debiera ascender con el globo”<sup>9</sup>. Lo mismo parece ser el caso con la palabra “ley”. Qué sobriamente juzga con ello Voltaire en su ya mencionado artículo “Tout est bien” sobre la legalidad del mundo afirmada por los optimistas y muestra acertadamente que la bondad no se sigue de la legalidad.

De hecho delata poca reflexión la legalidad que gobierna en el mundo, que no dice nada más que que las mismas causas producen constantemente los mismos efectos, que, por ejemplo, si son dadas las causas, a consecuencia de las que el agua se convierte en vapor o a consecuencia de las cuales el vapor explota, la transformación del agua en vapor y la explosión del vapor siempre ocurren inevitablemente, digo, delata poca reflexión ver esta legalidad general en el mundo como una contra-evidencia contra el pesimismo. Pues los organismos enferman legalmente, los individuos animales luchan y se destruyen unos a otros legalmente, los hombres se infligen todo tipo de sufrimiento unos a otros legalmente, todas las tragedias de la vida suceden legalmente, todas las atrocidades de la historia ocurren legalmente, los seres nobles y las fuerzas perecen legalmente, mientras que lo vulgar triunfa. Empero a través de esta legalidad todo esto no se vuelve ni un pelo mejor de lo que es.

Victor Kiy concluye su crítica del pesimismo schopenhaueriano con la anotación correcta de que, a pesar de su contradicción contra los puntos de vista de Schopenhauer, “también a él le será asegurado en el futuro un lugar debido en el panteón de la ciencia. Él también fue uno de los que dedicaron sus vidas al conocimiento de la verdad, al develamiento final del problema del mundo”<sup>10</sup>. Este pasaje me parece ser el más notable de todo el libro de Kiy.

---

<sup>9</sup> Schopenhauer. *Die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde*, § 34. (N. del T.)

<sup>10</sup> Kiy, *op. cit.*, p. 82. (N. del T.)